



Metales preciosos

Oro y plata de nuestros ancestros

Roberto Lleras Pérez*





El antiguo escenario de la orfebrería

No en vano algunos conquistadores europeos en el siglo XVI llegaron a convencerse que en los Andes de Sudamérica habían encontrado, por fin, El Dorado que venían persiguiendo tiempo atrás. El oro y la plata se encuentran en cantidades relativamente grandes en esta cordillera. Su abundancia permitió en esta región el surgimiento de las llamadas “culturas del oro” cuya riqueza, generalmente exagerada por las leyendas populares, motivó a los españoles a explorar el nuevo continente.

Al contrario de lo que pensaron los saqueadores de los siglos XVI y XVII, para las sociedades indígenas que los produjeron y utilizaron, el oro y la plata sin la gente no son nada. Aun más; estos metales incorruptibles y brillantes compartieron con otros materiales el puesto de honor como vehículos de expresión de los valores sociales. En los Andes el cobre, las conchas de *Spondylus*, los textiles y muchas variedades de rocas y cristales adornaron a grandes personajes y conformaron objetos sagrados, a la par con el oro y la plata. Incluso así, la orfebrería andina es notable y cabe destacarla como una de las tradiciones artesanales más importantes del continente sudamericano. Su surgimiento, desarrollo y expansión fueron posibles sólo cuando se dieron conjuntamente en esta región ciertas condiciones naturales y sociales.

La primera condición es, por supuesto, la existencia de yacimientos de oro y plata, ya sea localmente o en áreas vecinas, accesibles mediante algún tipo de mecanismo de intercambio. La posibilidad de intercambiar materiales por fuera de los territorios locales o étnicos puede verse, a su vez, en muchos casos como una condición social importante para el desarrollo de la orfebrería.

Pero usualmente no basta con que existan yacimientos metálicos; es preciso además que la naturaleza de estos yacimientos permita su explotación y beneficio con un determinado nivel tecnológico. En algunas zonas de Sudamérica, como la Amazonía, hay yacimientos de oro que requieren para su explotación de la extracción de enormes volúmenes de material o del uso de sustancias y procesos complejos para separar el metal. En los Andes,

Láminas en forma de aves.
Oro. Wari 550 – 1000 d.C. Museo Chileno de Arte
Precolombino – N° 3257A, 3257B.

por el contrario, el oro de aluvión, es decir aquel que se encuentra en las arenas de los ríos y que puede separarse por lavado, es abundante. En algunos casos también se presentaban filones metálicos relativamente superficiales de oro y plata, susceptibles de ser explotados con medios y herramientas sencillos. Aun en los casos en que se prefirió el martillado de metales nativos como técnica de manufactura, era necesario recurrir a procesos intermedios de recocido, por lo que el uso controlado del fuego y la habilidad para alcanzar y mantener temperaturas precisas es una condición socio-tecnológica imprescindible.

Incluso cuando existe el metal en la naturaleza en forma accesible y se sabe cómo extraerlo y trabajarlo, es necesario que la sociedad pueda sostener a los mineros y orfebres que, por su dedicación a estas labores, normalmente no trabajan en la producción de alimentos para ellos y sus familias; es importante, por tanto, la existencia de un grado de productividad económica relativamente grande y de un sobrante regular para que se pueda sostener una actividad orfebre de alguna magnitud.

Tan importantes como las condiciones de la producción son las del consumo. Para que la orfebrería se pudiera constituir como una tradición artesanal con un estilo propio fue menester que existiera un contexto de uso bien definido para generar una demanda. Entre las sociedades prehispánicas de los Andes este contexto fue de orden religioso en primera instancia y, en segundo lugar, de índole política. Fue la presencia de personajes como los caciques o curacas, chamanes y sacerdotes y la necesidad de expresar y hacer visibles símbolos e ideas en ceremonias y rituales los que generaron un conjunto de situaciones públicas en las cuales la orfebrería entró a jugar papeles importantes.

A medida que las sociedades se tornaban más populosas y complejas, su elite política y religiosa crecía igualmente y demandaba más objetos de oro y plata para cumplir funciones que incluían fiestas, sacrificios, ofrendas y enterramientos, entre otros. Pero la religión y la política no ofrecieron únicamente el contexto de consumo, sino que determinaron las normas generales de elaboración. La producción orfebre prehispánica no fue una actividad que se dejara a la libre iniciativa y al arbitrio de los artesanos individuales. En todas las épocas y en cada una de las sociedades orfebres existieron normas rígidas que determinaban qué tipo de metales y aleaciones se usaban, cómo se trabajaban, qué formas y funciones debían tener los objetos y, sobre todo, qué iconografía se plasmaba en ellos.¹

La metalurgia del oro y de la plata, tal y como se dio en la América andina fue, entonces, el resultado de la conjunción histórica de factores naturales y sociales que no confluyeron de la misma manera en ninguna otra región del continente en la época prehispánica. Estos factores caracterizaron esta tradición artesanal e impusieron los límites de su desarrollo y difusión a lo largo de una historia que recorreremos a renglón seguido.



Alfiler *topu*: Alfiler con cabeza de pelicano.
Oro. Chimú 1200 – 1532 d.C. Museo Chileno de
Arte Precolombino – N° 3259.





Los orígenes y la expansión del trabajo orfebre

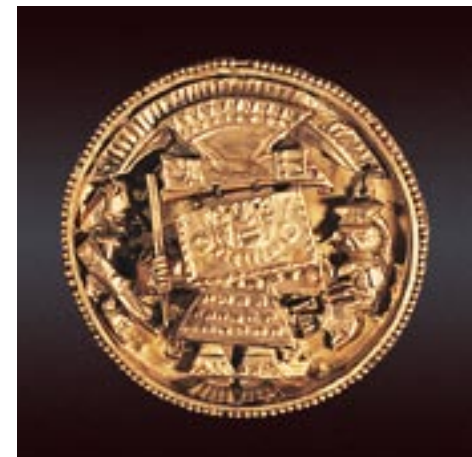
Las investigaciones arqueológicas han revelado que varios sitios en la sierra y costa norte de Perú y en el sur del Ecuador contienen evidencias de etapas iniciales en el conocimiento y trabajo de los metales. Esto puede indicar que la tradición de la metalurgia surgió como parte del proceso de cambio social y especialización de las sociedades indígenas del Período Inicial de los Andes Centrales y que debió implicar múltiples contactos entre las comunidades del área.

En Waywaka, un sitio serrano ubicado en la provincia de Andahuaylas, al centro del Perú, Grossman halló el equipo de trabajo de un orfebre compuesto por tres martillos de piedra y un yunque junto con fragmentos de lámina de oro martillada.² Este hallazgo, inicialmente fechado en el 1500 a.C., se considera actualmente que proviene más probablemente del 1000 a.C.³

Del sitio Mina Perdida, ubicado en el Valle de Lurín, sobre la costa central del Perú, provienen nueve fragmentos de lámina de cobre y dos de oro. Estos objetos se encontraron en una plataforma ceremonial y están asociados a un rango de fechas de entre 1410 a 1090 a.C. El examen metalográfico permitió determinar que fueron realizados por martillado a partir de pedazos de cobre y oro nativo.⁴

Un pectoral de cobre dorado de estilo Cupisnique excavado en el sitio de Puémapue parece provenir del período comprendido entre 1500 a 1300 a.C.⁵ En el sur del Ecuador, provincia de Loja, el yacimiento de Putushio arrojó gran cantidad de objetos de metal, entre ellos diminutas esferas fundidas de oro adheridas a fragmentos de moldes de cerámica y fechadas en 1470 a.C.⁶

En lo que se refiere a la tecnología inicial, todo parece indicar que estos primeros metalurgistas utilizaron los fragmentos de metales nativos que ocurren naturalmente



Arriba:
Orejera.
Oro y turquesa. Estilo Moche 100 – 800 d.C. Museos “Oro del Perú”. “Armas del Mundo”. Fundación Miguel Mujica Gallo. Perú.
Abajo:
Orejera: Personaje enmascarado.
Oro. *Chimú* 1200 – 1532 d.C. Museos “Oro del Perú”, “Armas del Mundo”. Fundación Miguel Mujica Gallo. Perú.

en algunas formaciones geológicas. No obstante, desde entonces se conocían tanto el martillado como la fundición y algunas técnicas complejas. Resulta interesante constatar también, como lo demuestra la evidencia de Waywaka, que estos artesanos tenían equipos de trabajo portátiles que formaban parte de sus pertenencias personales, lo que parece indicar una cierta especialización individual en el trabajo orfebre.

En la región de Cajamarca, norte de la sierra peruana, continúa el hilo de la tradición orfebre americana en las tumbas y templos de la cultura Chavín. Esta cultura tiene una fecha inicial de alrededor de 1200 a.C., pero no es muy seguro que la metalurgia estuviese presente desde los primeros tiempos, aunque sí lo estaba muy seguramente durante el período de florecimiento (1000 a 800 a.C.).⁷ Chavín expandió la orfebrería por la sierra y costa central del Perú hasta su declinación en 400 a.C.

Hacia la misma época en que decaía Chavín la orfebrería aparecía en culturas de la costa ecuatoriana, tales como Bahía, Jama-Coaque y Tumaco-La Tolita.⁸ En el marco de la expansión al norte de esta última cultura, la orfebrería ingresó al territorio de la actual Colombia posiblemente hacia el 500 a.C.⁹ En el curso de los siguientes cinco siglos se generalizó en varias regiones del sur, centro y norte de Colombia. Para 300 d.C. ya se encuentran evidencias de trabajo de los metales en todas las áreas de la región andina y los litorales pacífico y caribe.¹⁰

Hacia el sur del Perú, probable núcleo inicial, la difusión fue mucho más rápida. La orfebrería está presente en las culturas formativas del norte de Chile y Argentina desde el 500 a.C.¹¹ y continúa presente hasta la época de la conquista. Los períodos de expansión del segundo Horizonte (Wari-Tiwanaku) entre 550 y 1000 d.C. y del tercer Horizonte (Inca) desde 1400 a 1532 d.C. representaron no obstante, los momentos de mayor producción y uso de orfebrería en América meridional.

La tecnología del metal en los Andes

Para los antiguos habitantes de los Andes extraer metales de las arenas de los ríos o de las entrañas de la tierra, alearlos unos con otros y trabajarlos hasta lograr objetos terminados no fueron actividades estrictamente técnicas, regidas sólo por criterios de eficiencia y productividad. Cada fase del trabajo orfebre estuvo imbuida de significados sociales y religiosos profundos que vinculaban la ideología política y la cosmovisión con la manipulación práctica, de suerte que trabajar metales terminaba siendo un medio de



Cuchillo *tumi*: Personaje con máscara de búho.
Cobre y oro. Moche 100 – 800 d.C. Museo Chileno
de Arte Precolombino – N° 0362.